



I

Ambiente y educación

La riqueza minera de Nueva España, que alcanza su más alto nivel a lo largo del siglo XVIII, estimula y condiciona de tal modo la mentalidad barroca de sus habitantes que éstos, atrapados entre tantos retruécanos, estípites y giros rimbombantes, acaban presas de la fatiga y del hastío, ansiosos de un cambio que los libere de aquel existir cargado de excesos. Se entregan entonces a añorar la línea recta en geometría, Grecia y Roma en el arte, lo llano en el estilo literario, lo morigerado en las costumbres, lo sencillo en el traje; en fin, piensan en un bordo que contenga tantas corrientes salidas de madre. Pero sus clamores no se quedan sin respuesta: llega, oportuna, la Academia —tan repleta de normas como ayuna de imaginación— y el novohispano emite un suspiro de alivio ante aquel ángel exterminador de matorrales, verborrea y hojarasca. La limpia empieza en el momento en que la Colonia disfruta de un esplendor y una confianza en sí misma lindando con el paroxismo; mas, simultáneamente —paradoja del destino de las sociedades—, con el orto gozoso se inicia el indeseable ocaso, y lo que parecía tan incommovible pronto estallará en mil pedazos. Al mudar la gente su traje churrigueresco por el neoclásico de moda, preparará también, sin sospecharlo, su nuevo atuendo espiritual, decorado con águilas y nopales copiados de ejemplares nativos, en lugar de los leones y castillos importados de lejana

tierra, que había visto y revisto desde tiempos que se antojaban ya demasiado remotos.

En aquel ambiente de opulencia dieciochesca, era Zacatecas uno de los trozos imponderables que hacían refluir al todo novohispano. De sus argentíferas montañas salía el codiciado metal desde mediados del siglo xvi, sin interrupción. Ello propició el desborde en todos los aspectos de la vida e hizo del afamado Real de Minas, que contaba y sonaba como pocos, un sitio nada propenso al ascetismo y la moderación. El rasgo más característico de la Zacatecas colonial es su prodigalidad. Por muchos conceptos fue una ciudad excesiva —a tono con el estupendo decorado de la fachada de su parroquia, hoy catedral—, que así como se impuso a la hostil topografía, imprimió en sus moradores el afán a pecar de más que de menos; la demasia y no la poquedad, lo grandilocuente y no lo discreto, lo ampuloso y no lo parco, insuflaron en el alma de los zacatecanos los ingredientes de un carácter que hoy casi ya no se advierte, justamente porque ha variado el ambiente material y social: las minas se agotaron, desaparecieron las grandes fortunas junto con los blasones que ellas compraron, la pobreza sucedió a la abundancia, la Nación a la Colonia.

Una sola muestra, entre varias que podríamos mencionar, de la excesiva Zacatecas del setecientos, la tenemos en el siguiente párrafo descriptivo de la ciudad, extraído de la culterana reseña del presbítero don Juan de Santa María Moraver, publicada en 1720:

*Es esta riquísima ciudad tan conocida por este epíteto, que lo publican tantas bocas cuantas abiertas minas con lenguas de plata lo gritan, suavizando sus ásperas montañas los apetecidos frutos de sus ricos metales, siendo tanta la plata que nos dio la Divina Omnipotencia que sin ponderación todos la pisan; hasta la ciudad toda su situación tiene sobre venas de ella, pues apenas el cielo la rocía con sus lluvias, cuando todo se descubre en vetas y cintas que la pronostican: díganlo sus despachos tan crecidos, sus limosnas tan continuas, sus gastos tan costosos y su todo en dar tan repetido.*¹

¹“Descripción breve de la ciudad de Zacatecas”, en *Testimonios de Zacatecas*, selección de Gabriel Salinas de la Torre, introducción de Juan B. Iguiniz, México, Imprenta Universitaria, 1946, p. 21.

Pero con tener tantos y tan envidiados dones, acaso la mejor riqueza de la ciudad y su distrito radicaba más en sus habitantes que en sus vetas. Ya desde los primeros años del siglo XVII, un obispo de Guadalajara que visitó y describió con cierto detalle la comarca, señalaba, no sin admiración, las variadas y magníficas calidades y cualidades que distinguían a los zacatecanos:

*La gente española que aquí nace y se cría, se sabe por experiencia que son más fuertes, más recios y de mayor trabajo que no los de otras partes, y así [se] señalan en los oficios y ejercicios a que se inclinan y dan; y los que siguen las letras estudian con más tiempo y con más perseverancia y no con tanta lesión de la salud como los de Nueva España. * Y así, es acá común opinión que la gente nacida y criada en Zacatecas es muy parecida a la de Castilla, así en agudeza de ingenios como en fortaleza de persona, y así se echó de ver en el tiempo que hervían las guerras de los chichimecos.²*

Rica y explotable la tierra, activos hombres de empresa los peninsulares que denunciaban y se quedaban con los mejores fundos mineros, sanos, vigorosos y no menos diligentes los criollos hijos de aquéllos, y barata y eficaz la mano de obra que proporcionaban los indios, negros y mestizos, el resultado de tantas energías conjugadas se reflejó en el progreso continuado de la ciudad —progreso que, por supuesto, se pagaba casi siempre al costo de tremendas injusticias sociales—, del que hemos hecho una rápida reseña en un trabajo anterior.³ Aquí agregamos, sólo para redondear la imagen colonial de la localidad un par de testimonios. Lázaro de Arregui, en el primer cuarto del siglo XVII, escribe:

La ciudad de Nuestra Señora de los Zacatecas es sin duda a quien se puede dar el tercer lugar entre las poblaciones de la

* Téngase presente que el autor habla de una localidad dependiente de la Audiencia o Presidencia de la Nueva Galicia.

² Alonso de la Mota y Escobar, *Descripción geográfica de los reinos de Nueva Galicia, Nueva Vizcaya y Nuevo León*, introducción por Joaquín Ramírez Cabañas, México, Editorial Pedro Robredo, 1940, pp. 147-48.

³ "Miscelánea zacatecana", en *Boletín del Archivo General de la Nación*. México, Talleres Gráficos de la Nación, 1964, t. v, núm. 2, pp. 243-332.

*Nueva España, pues sin tener catedral ni real audiencia, ni más que su congregación y minas, creo que después de México y la ciudad de [Puebla de] los Angeles, es el pueblo de más gente, de mayor trato y de más riqueza de todas las Indias. Tendrá más de 300 vecinos y muchos yentes y vinientes y un sinnúmero de indios y negros. Tiene muchos y muy gruesos mercaderes y veinte o más haciendas donde se saca cantidad de plata, tanta que en todo lo restante del reino no se saca tanta, con lo cual está aquella ciudad tan ilustrada y poblada de gente tan magnánima y poderosa que parece una Corte.*⁴

Una centuria después, el panorama se presentaba todavía más boyante. Según escrito del conde de Santiago de la Laguna, hacia 1732 Zacatecas era una activa colmena humana de cuarenta mil miembros, que producía al rey “tan sólo de los derechos de plata, en cada un año, 257,350 pesos”, habiendo dado “en 180 años que ha que se conquistó, 46,323,000 pesos”,⁵ cifras que mareaban por lo infrecuentes, pues en todas las Indias, con excepción del Potosí —el peruano que no el novohispano—, ningún Real de Minas había alcanzado aquella impresionante cantidad.

Y todavía un siglo más tarde, en plena guerra de independencia, que tanto lesionó la economía del país, el virrey Apodaca, en informe de 31 de diciembre de 1818 dirigido al ministro de la Guerra, exponía:

*Que hallándose muy floreciente el mineral de Zacatecas, por el buen estado de sus minas y principalmente por la bonanza de la nombrada Malanoche, envíe a aquella tesorería de Real Hacienda cien mil pesos para proporcionar el rescate.*⁶

Repleta de dinero y de bienes de consumo, con sus vetas en continua explotación, rodeada de grandes haciendas ganaderas y situada en el cruce de importantes caminos, pues por ahí pasaba

⁴ *Descripción de la Nueva Galicia*, edición y estudio por François Chevalier, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1946, p. 125.

⁵ “Descripción breve de la muy noble y leal ciudad de Zacatecas”, en *Testimonios de Zacatecas*, op. cit., p. 83.

⁶ Archivo General de la Nación (citado en adelante AGN), *Virreyes (Apodaca)*, t. 273, ff. 255-63.

el real de la capital a Chihuahua y Santa Fe de Nuevo México, y el de Guadalajara a San Luis, además de disponer de las inagotables salinas del Peñón Blanco, pingüe monopolio de Su Majestad, Zacatecas en la centuria de la Ilustración ofrecía el aspecto de una pequeña Babilonia que atraía sin cesar a nuevos pobladores: letrados, burócratas, religiosos, comerciantes, gambusinos, artistas, aventureros, tahúres, busconas, etcétera. Engendröse así una sociedad heterogénea, que nadaba en una abundancia no siempre bien repartida y que aun en sus periodos de mayor optimismo vivía con la psicosis de la nunca improbable extinción de sus minerales.

En la cima de aquella estructura social se hallaba un pequeño núcleo de peninsulares ennoblecidos, algunos verdaderos cresos, cuyo tren de vida ni los virreyes se daban el lujo de llevar. Edificaron grandes mansiones en Zacatecas y también en México, especialmente en México, donde por ser la Corte no escatimaron gastos para hacer de éstas las más suntuosas y costosas de la sede virreinal. Tales potentados dictaban la ley en Zacatecas y alcaldías aledañas; controlaban el corregimiento, la diputación de minería, el comercio mayoritario y los puestos relevantes del gobierno local. Gustaban de practicar el mecenazgo, eran patronos de obras pías, de instituciones educativas y de órdenes religiosas. Ejercían, en suma, una influencia decisiva sobre las otras capas de la sociedad.

Seguía en importancia una especie de clase media, que en la literatura militante de la guerra de independencia se precisaría, más por una intención política que por una definición social, con los términos de "criolla" o "americana"; porque muchos americanos formaban parte del estrato anterior, y no pocos criollos eran, en realidad, mestizos. El burócrata menor, el fraile y el sacerdote, el letrado, el teniente y el capitán de milicias, el pequeño propietario, el rentista que "más o menos la iba pasando", toda una gama de tipos integraban este entresuelo del edificio social. El muro que le tendía la clase superior para no escalar los escaños más altos del gobierno y de la economía, generó en él un peculiar sentimiento, vertido luego en resentimiento, que sería el combustible impulsor del incendio de 1810. Testimonios de tal acritud hay muchos; aquí, por oportuno, citaremos sólo el de un zacate-

cano que, por añadidura, es el personaje del presente estudio. El doctor don José María Cos, rebatiendo con furia al realista Beristáin de Souza, decía en 1812 a propósito de los peninsulares:

Luego que se ven dueños de caudal, mandan traer de España número considerable de paisanos para destinarlos en todos los ramos de su administración y casarlos con sus hijas, privando a sus hijos varones del conocimiento de sus negociaciones y contentándose con mandarlos a un colegio a que aprendan el latín y adquieran vocación eclesiástica. ¿Qué puede resultar de aquí?, que a los veinticinco o treinta años, cuando han pasado la carrera de sus estudios... reciben las cuentas como se las quiere rendir Juan Gachupín, enlazado ya con la hermana y dueño del caudal... Semejantes producciones, ¿son de lengua viperina y de un corazón lleno de ponzoña? Acaso tendrá Beristáin menos motivo para decirlo cuando sepa que soy hijo inmediato de un español europeo a quien la fuerza de la razón y de la verdad sólo pudo arrancar estas ideas y sentimientos que me inspiró en mi niñez.⁷

Cierto que Cos generalizaba para hacer más contundente y efectivo su argumento, pero el hecho de esgrimir su propio caso familiar fortalece la tesis, por lo demás ya comprobada, del divorcio entre españoles y criollos, cuyos orígenes pueden rastrearse, como es sabido, hasta mediados del siglo XVI.

La capa inferior, "los de abajo" y "los de hasta abajo", estaba formada por los indios, los negros y las castas; en un Real de Minas como Zacatecas, la labor de la mayor parte de esta gente se ubicaba en lo más hondo de los tiros y en las haciendas de beneficio. Por lo general dóciles y obedientes con sus amos y cumplidos en las duras e inhumanas tareas que se les asignaban, iban acumulando, de generación en generación, no sólo sentimientos de rencor, como en el caso de los criollos, sino un odio feroz contra sus explotadores, latente, sofrenado, casi atávico, que habría de manifestarse en actos de violencia cuando se les ofreciera la oportunidad de liberarse. Vejados hasta la ignominia, sujetos a una mita no autorizada legalmente pero practicada en la realidad,

⁷ Véase Doc. 14.

atrapados por el patrón con deudas que la muerte no extinguía, sin brizna de instrucción, fanatizados por la iglesia, fomentados en sus vicios, sin estímulos para superar su condición, pleitistas entre ellos, padres prolíficos que se las veían negras para alimentar a cada nuevo vástago que venía al mundo sin la clásica torta bajo el brazo, eran, en suma, la escoria de la sociedad; sí, pero no tan repulsiva como para que las otras clases prescindieran de ella.

Afecto a la astrología, ya el conde de Santiago de la Laguna observaba, en el escrito arriba citado, que Marte era el signo que dominaba la ciudad, y "siendo de éste la naturaleza colérica, muy propia de los belicosos ánimos zacatecanos, parece tiene dominio en ellos, ocasionando riñas, pleitos y atrocidades". Y con su peculiar y gongórico estilo, delicia literaria de la época, reafirmaba:

Apoyan mi discurso las continuas desgracias que a cada paso suceden, pues aunque parezca hiperbólica afectación, puedo con ingenuidad decir que de las cuatro partes de personas que al año mueren en esta ciudad, la una paga el feudo a la humana naturaleza, más al violento impulso del acero, que por fuerza de prolijas enfermedades en el fatigado lecho acaecidas.⁸

Las raíces del problema eran complejas, pues, ¿por qué los efluvios de Marte no alteraban la conducta de criollos y españoles, y sólo descargaban su maleficio sobre los pobres peones de las minas? La respuesta estaba en la palpable injusticia social que se vivía en la ciudad. Y es digno de meditar el hecho de que fue precisamente en los más prósperos centros mineros del virreinato donde el encono de la clase popular contra la que detentaba la riqueza asumió, en los momentos propicios para la primera, un carácter sangriento. Focos eternos de tensión, almacigos de agravios nunca olvidados, climax de desesperaciones, escaparates de lujo y también de dolor y de lágrimas, y, por último, escuelas de futuros rebeldes, esos emporios de trabajo pagarán muy caro, un día, el oneroso precio de la explotación humana que propiciaron. El primer conflicto laboral de violentas proporciones, estallará en Real del Monte en 1766, y "no le faltó nada para asimilarse con los

⁸ Testimonios de Zacatecas, *op. cit.*, p. 66.

movimientos de huelga modernos", según el certero análisis de Chávez Orozco.⁹ Los barreteros de la Valenciana, Cata, San Juan de Rayas y otras afamadas minas de Guanajuato, serán los más fanáticos e indisciplinados prosélitos del padre Hidalgo y los ejecutores de la venganza colectiva. Sultepec, Temascaltepec, Tlalpujahuá, El Oro, Angangueo y toda la fabulosa "Sierra de la Plata", serán refugio y proveedores de insurgentes, desde la época de Rayón hasta la de Pedro Ascencio, que es decir de 1810 a 1821. Y Zacatecas, la imponente y señorial Zacatecas, verá, pocos días después del alzamiento de Dolores, huir desprovisto a su intendente y quedar a merced de los mineros que habían abandonado los socavones para dictar la ley —su ley— a la ciudad.

Ahora bien, no es tan simplista ni puede ser dogmática la división tajante de las actitudes humanas, según se trate de los empresarios o de los trabajadores, de los de arriba o de los de abajo. Ciertamente que los intereses de clase, la tradición y los prejuicios, dictaban las normas, señalaban las fronteras y consolidaban los desniveles; pero la realidad ambiental, los avatares de la vida cotidiana, la necesidad imperiosa de convivir, el sentido práctico y muchos otros factores, coadyuvaban a aflojar el nudo de las incompatibilidades sociales y a intentar la búsqueda de soluciones para evitar que el estallido barrera con todos. Así, no es de extrañar que llegue un momento en que un título nobiliario de Zacatecas se ponga al frente de una muchedumbre de barreteros e indígenas de Colotlán, ni que un criollo resentido con los peninsulares acepte delicadas comisiones diplomáticas de uno de éstos, ni que una comunidad de sufridos y vejados indígenas se proclame fervorosa realista y repudie a los que se dicen sus libertadores. Y es que las sociedades, entre más heterogéneas son, y las situaciones, entre más rígidas se presentan, son más contradictorias.

En un ambiente aproximado al arriba descrito, nació don José María Cos y Pérez, en la ciudad de Zacatecas, en un año que

⁹ *Conflicto de trabajo con los mineros de Real del Monte*, México, Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1960, p. 12.

ignoramos: probablemente hacia 1770.¹⁰ Hijo legítimo del español Isidro Cos —de quien nuestro protagonista no guardaría un amable recuerdo— y de doña Matiana Pérez, hizo sus primeros estudios en el Colegio de San Luis Gonzaga, instituto fundado por los jesuitas a mediados del siglo, clausurado en 1767 a raíz de la expulsión de aquéllos, y reabierto en 1786 con “cátedras de latinidad, retórica, filosofía, historia y teología. . . , adoptándose para su régimen la constitución y el reglamento del Colegio de San Ildefonso de México”.¹¹ Alumno sobresaliente en San Luis Gonzaga, el joven Cos se ganó, a expensas del mismo colegio, “una beca de colegial pensionista en el Seminario Tridentino de Guadalajara, en el cual estudió física, geometría, cronología y teología en todos sus ramos, y filosofía, después de cuyos estudios, hechos con brillo y a satisfacción de todos sus catedráticos, se le confirió el grado de bachiller en filosofía”.¹² Quizá coincidió en esta etapa de su vida escolar con otro joven, tan aventajado e inquieto como él, don Francisco Severo Maldonado, que era un relevante colegial del Seminario por esos mismos años.¹³

¹⁰ Desconocemos la fecha de su nacimiento y ninguno de sus contemporáneos ha dejado un retrato físico de él que pudiera inducirnos a fijar su edad. Doctorado en 1798, Amador asienta que “tuvo 21 años de estudios”, aunque no indica desde cuándo los computa. Bustamante, que lo conoció y lo trató, apenas dice que era un “joven sabio”; pero, en cuanto a lo primero, no debió serlo tanto, pues sus prolongados estudios y su experiencia profesional no se compaginan —salvo el caso de una reconocida precocidad— con una persona de corta edad. Creemos que al entrar en contacto con la insurgencia, Cos frisaría en los 40 años.

¹¹ Elías Amador, *Bosquejo histórico de Zacatecas*, Zacatecas, reimpreso por el Supremo Gobierno del Estado, 1943 (primera ed., 1892), t. I, p. 554.

¹² *Ibid.*, t. II, pp. 23-24.

¹³ A propósito de este interesante personaje, en AGN, *Operaciones de Guerra*, t. 179, ff. 147-51, se halla un testimonio policiaco de fines de enero de 1811, apostillado por don Carlos María de Bustamante: “Informe horrible contra varios sujetos de Guadalajara al general Calleja.” No resistimos la tentación de transcribir el siguiente párrafo: “El cura de Mascota, don Francisco Maldonado, que siempre será el oprobio del sacerdocio y el ejemplar de la perversidad del corazón humano, como se verá por sus papeles de la gaceta pública de esta ciudad, como se puede examinar por su conducta desde pequeño, que siempre ha sido perversísima, aunque se ha huido. . . [deben hacerse] las mayores diligencias para ver si pueden recoger las obras que tenía de *Bolter*, *Rosou* y *Dorod Reynal* [sic] y de otros impíos que era su biblioteca, para dar un testimonio al público cuál era el órgano del gobierno [insurgente] y de la impiedad de este perversísimo sacerdote.”

En la última década del siglo XVIII la capital de la Nueva Galicia estrenaba su flamante Universidad, creada por real cédula de 18 de noviembre de 1791 e inaugurada solemnemente un año más tarde. Cos, ya bachiller, se incorporó al nuevo instituto y, previos los requisitos de estilo —limpieza de sangre, conducta honesta, comprobantes de estudios, etcétera—, “obtuvo los grados de licenciado y doctor en Teología respectivamente el 6 y el 17 de mayo de 1798”.¹⁴ Poco después recibía del obispo Cabañas las órdenes sacerdotales y de inmediato se iniciaba en la carrera burocrático-eclesiástica, nada espectacular y muy parecida a la de don Miguel Hidalgo: Vicerrector de su colegio zacatecano, cura del mineral de La Yesca (en el actual Estado de Nayarit) en 1800 y, a partir de 1802, cura del Burgo de San Cosme, que ejerció hasta el año de 1810.

Escribe Amador, haciendo un balance de los estudios de Cos:

*Un impreso que tengo a la vista, en el que constan todos los estudios, menciones honoríficas y cargos que desempeñó el ilustrado sacerdote, antes de lanzarse a la revolución, menciona que este tuvo 21 años de estudios, habiendo sustentado 6 exámenes y actos mayores, hecho 28 lecciones de una hora y hora y media y trabajado 30 oraciones en latín y 200 en castellano.*¹⁵

El Burgo de San Cosme fue para nuestro personaje lo que Dolores para Hidalgo, Carácuaro para Morelos, Xantetelco para Matamoros o Tuzantla para Berdusco: el diminuto mundo provinciano donde se disfruta por última vez de la vida tranquila, monótona, simple hasta la desesperación, sofocante como la canícula previa a la tempestad. Años esenciales —la primera década del nuevo siglo— de meditación y reflexión, de balance, de examen de conciencia, de una agitada lucha interior entre proseguir hasta el fin de sus días llevando a cuestras esa cómoda pasividad, o alterar el ritmo hacia una actividad saturada de peligros, pero que

¹⁴ Juan B. Iguiniz, *Catálogo biobibliográfico de los doctores, licenciados y maestros de la antigua Universidad de Guadalajara*, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Instituto de Historia), 1963, p. 127.

¹⁵ *Op. cit.* t. II, p. 24.

los sacara del medio en que vegetaban. Un cambio radical se acontecía en la marcha, hasta entonces monocorde e "institucional", del inmenso virreinato, y su germen se cultivaba no en las grandes ciudades sino en las parroquias pueblerinas. San Cosme fue una de ellas.

En la parte central de la República, a la altura del paralelo 24°, se desprende de la Sierra Madre Occidental, en dirección sureste, una cadena de montañas denominada "Sierras de Zacatecas", que divide la Altiplanicie en dos porciones: la del norte, es la "región de los bolsones, de climas esteparios y desérticos", en la que "los depósitos de aluviones no consolidados y la fragmentación de las rocas por las oscilaciones diurnas de la temperatura, han favorecido la formación de dunas (médanos) y depósitos de loess (légame)".¹⁶ Entre las serranías de Venado y de Fresnillo, derivaciones de la grande de Zacatecas, se extiende uno de esos médanos, salpicado de varias lagunas salobres y de amplios pastizales, propios para una intensa explotación ganadera. En el extremo occidental de esta llanura, de rala y espinosa vegetación, se alza la actual Villa de Cos, antiguamente Burgo de San Cosme, dentro de la jurisdicción del Estado de Zacatecas.¹⁷

El Burgo no tenía muchos años de fundado cuando el doctor Cos se radicó en él. En una minuciosa descripción del obispado de Guadalajara, acompañada de un mapa bastante detallado, de 1772, todavía no figura.¹⁸ Lo vemos aparecer, por primera vez, en un "Plano Topográfico de la Provincia de Zacatecas", de 1797, con la categoría de Congregación de la Subdelegación de Fresnillo, Intendencia de Zacatecas.¹⁹ Toda esa comarca, colindante con

¹⁶ Rita López de Llergo, "Principales rasgos geográficos de la República Mexicana", en *Esplendor del México Antiguo*, México, Centro de Investigaciones Antropológicas de México, 1959, t. I, pp. 18-19.

¹⁷ Cabecera del municipio del mismo nombre con 1,756 habitantes en 1960. *VIII Censo General de Población, 1960*. México, Dirección General de Estadística, 1963, t. II, p. 797.

¹⁸ "Relaciones geográficas de la Nueva Galicia", originales en el Archivo General de Indias, Sevilla, ramo *Guadalajara*, leg. 348. El mapa, en el mismo repositorio, del que tenemos fotocopia, fue reproducido en: *Cartografía de la Nueva Galicia*, Guadalajara, Ediciones del Banco Industrial de Jalisco, S. A., 1961, p. 35.

¹⁹ Publicado por el autor en: "Miscelánea zacatecana". Véase la nota 3.

la Intendencia de San Luis Potosí, rica en salinas y en tierras ganaderas, permanecía bastante abandonada hasta fines del siglo XVIII, cuando, para explotar las primeras se fundó ahí el caserío de San Cosme, probablemente hacia 1780, a la vez que se edificaba, un poco al suroeste, la hacienda de Bañón, con el fin de aprovechar los pastizales. Una y otra localidad prosperaron en poco tiempo, y todavía muy avanzado el siglo XIX conservaban una importancia mucho mayor que la que hoy tienen, en especial la primera, harto decaída.²⁰

Las salinas en torno del Burgo de San Cosme, rivales de las afamadísimas del Peñón Blanco, le otorgaron pronto a la población un decoroso y seguro *modus vivendi*, hasta el grado de promover algunas obras edilicias y la construcción de una parroquia. Y como el lugar seguía creciendo, los vecinos impetraron del obispo de Guadalajara —a cuya diócesis pertenecía el lugar— el ascenso del Burgo a categoría de Curato, que monseñor Cabañas, el mismo que consagrara al doctor Cos, otorgó, seguramente antes de 1800. Y uno de sus primeros párrocos fue nuestro personaje.

¿Qué fue lo que animó a todo un doctor en teología a irse a una localidad tan apartada y apenas en proceso de formación? “Situada al norte de Zacatecas y al este de Fresnillo, dista 20 leguas del primer punto y 16 del segundo”, nos indica un viejo informe geográfico.²¹ La distancia con respecto a esos florecientes centros mineros no es muy grande, pero las comunicaciones eran difícilísimas, y aún hoy no existe ruta directa de Zacatecas a la Villa: de la carretera que va a Saltillo se desprende un camino de terracería de unos cinco kilómetros que conduce hasta el antiguo Burgo.²² En 1800 debió haberse considerado aquello como un lugar de castigo, y en realidad así lo vio un panegirista de Cos, al escribir en 1874 lo siguiente: “Desterrado por la mitra

²⁰ Por ejemplo, en 1874 Villa de Cos tenía 5,000 habitantes y 28 fábricas para la elaboración de la sal. *Memoria presentada por el C. Gabriel García, Gobernador Constitucional del Estado de Zacatecas...*, Zacatecas, Tipografía de Tomás Loreck, 1874, pp. 80-91.

²¹ *Ibid.*, p. 82.

²² Carta del Estado de Zacatecas, en *Atlas de carreteras*, México, Secretaría de Obras Públicas, 1964.

de Guadalajara el doctor don José María Cos, se radicó en San Cosme el año de 1800, permaneciendo allí hasta 1810 en que dejó a sus feligreses para reunirse con las fuerzas insurgentes y defender la Independencia.”²³ Acaso la relativa fama que empezaba a tener el lugar por la riqueza de sus salinas, que garantizaba una feligresía solvente, o la cercanía a su ciudad natal, o la espera de un destino más provechoso, o todas estas razones a la vez, el caso es que don José María se fue a San Cosme y ahí echó raíces hasta que la revolución lo arrancó de cuajo y lo lanzó cientos de leguas más al sur.

Aparte de sus deberes parroquiales, ¿cómo invertir el tiempo sobrante en un pueblo a medio hacer, sin estimulante vida social, sin bibliotecas, sin el recurso siquiera de paseos gratos al cuerpo y al espíritu? Porque el panorama que lo rodeaba no podía ser más desolador: cerros desprovistos de vegetación, llanuras blanqueadas por el caliche y la sal, reseca la atmósfera, calores sofocantes en el día, fríos inclementes y hasta heladas por las noches, falta casi absoluta de agua potable, y como únicos objetos que alegraban la vista —si a eso podía llamarse alegría—, algunos manchones de zacate quemados por la sal de la tierra, “gran cantidad de mezquite y nopal duraznillo . . . , palma, sotol y guayule”.²⁴ ¡Lo que hubiera sufrido Rousseau en medio de aquel erial! Sólo en torno de la próspera finca de Bañón, los verdes pastizales, los hatos de ganado y los cultivos de maíz y trigo, ofrecían una relativa imagen de la Arcadía feliz, pronto esfumada ante el horizonte de campos yermos y salinos.

Por supuesto que el doctor Cos no se resignó a tanto sacrificio. Hombre ilustrado, fruto maduro de su siglo, amante de los libros, de las tertulias y los diálogos, no tardó en buscarse un coadjutor para tener la libertad de escaparse a Zacatecas cuantas oportunidades se le presentaran. Sus frecuentes viajes a la capital provincial —como Hidalgo, que con gusto cambiaba Dolores por Guanajuato y Morelos que en Carácuaro soñaba con Valladolid—,

²³ Memoria citada en la nota 20, pp. 80-81.

²⁴ *Ibid.*, p. 90.

debieron haberlo convertido en un asiduo convidado a los salones de las principales familias, cuya charla nunca dejaba de interesar, y en un solicitado consejero de las autoridades locales. ¿Estaría emparentado con esos crosos zacatecanos que eran los Campa y Cos? Por lo menos sabemos que anudó estrecha amistad con el interesante conde de Santiago de la Laguna, "don Miguel Rivero, rico hacendado, hombre benéfico y de extensa y eficaz influencia entre el pueblo de Zacatecas",²⁵ que el intendente don Francisco Rendón lo tuvo en mucho aprecio y que en la ciudad pasaba por ser hombre sabio y de agudo ingenio.